

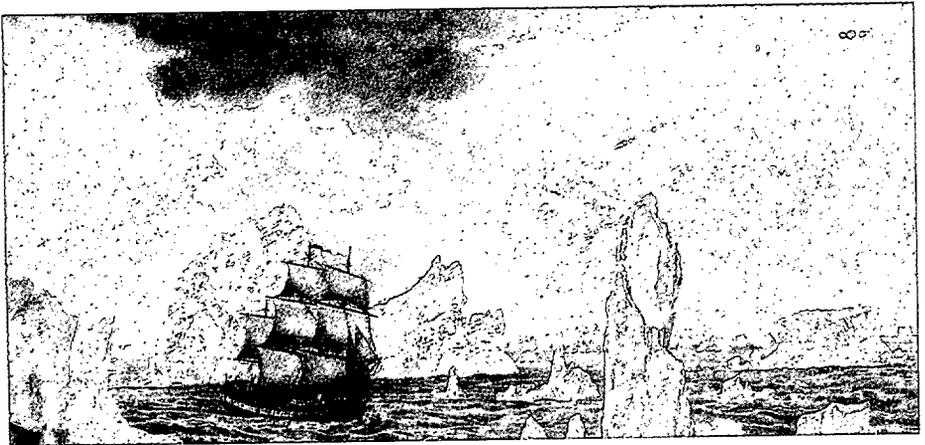
UN MARINO ESPAÑOL EN LA ANTÁRTIDA

(El almirante Gabriel de Castilla fue su primer avistador)



POCO es lo que se conoce de este militar y navegante español de fines del siglo XVI y principios del XVII, hasta el extremo que es difícil encontrar su nombre en enciclopedias o diccionarios. Sin embargo, es digno de un mayor y profundo estudio, puesto que sus servicios al rey fueron muy notables. Su linaje esclarecido y su penetración en las aguas australes del Pacífico, con el avistamiento en 1603 de las tierras antárticas del sur de las Malvinas, lo convertiría en el descubridor de la Antártida ciento setenta años antes de que el famoso capitán Cook se atribuyera la paternidad de su descubrimiento.

Don Gabriel de Castilla había nacido en tierras palentinas en 1577, y en su juventud viajó a las Indias inicialmente como capitán de artillería, prestando sus servicios en Lima, donde el virrey don García Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, le encomendó una misión pacificadora y de reconocimiento territorial de Chile, misión que realizó con éxito en 1589 con el piloto Hernando Lamero a bordo del *San Francisco*.

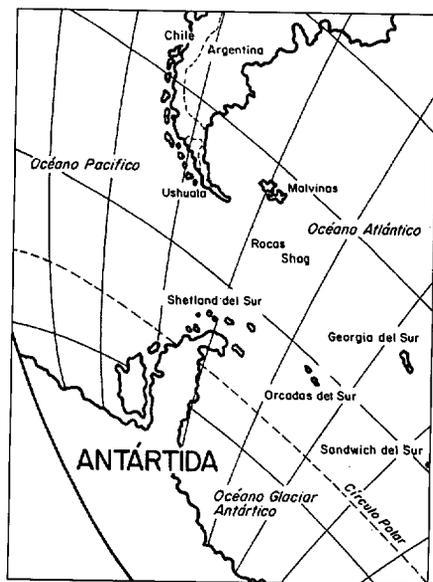


La corbeta *Atrevida* entre bancas de nieve el día 28 de enero de 1794.
(Aguada: F. Brambila. Museo Naval).

En 1596 el virrey don Luis de Velasco le nombró general de El Callao a pesar de su juventud, pues no había cumplido veinte años. Este virrey era su primo hermano, pero tenía confianza ciega en el joven Castilla, pues le encargó misiones de difícil contenido, resueltas todas ellas con provecho y eficacia, contrastadas en la documentación de la época. Y así trasladó un contingente de soldados de socorro para el gobernador don Martín García Oñez de Loyola para la guerra que sostenía contra los araucanos, y otro más numeroso con los que entró en Santiago en diciembre de 1597. Dicho gobernador lo designó su maestre de campo, y con tal rango peleó contra los indios en Lumaco y Puren, donde más tarde se levantaría el fuerte de San Salvador de Coya.

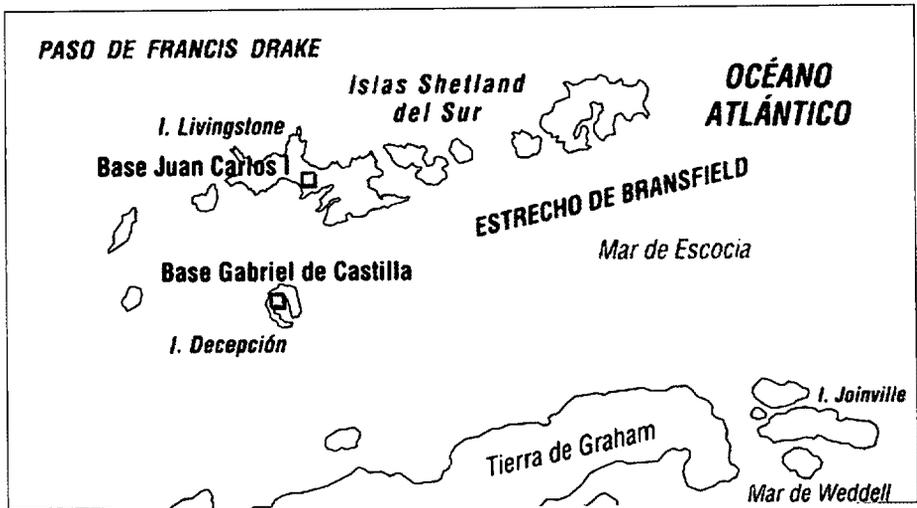
Con grandes sacrificios llevó a Chile en noviembre de 1597 un nuevo destacamento de hombres, pólvora, artillería y mosquetes, refuerzos que sin embargo no pudieron impedir el desastre de Curalava, en el que murió el gobernador en 1599, ni la destrucción de las ciudades de Arriba.

El gobernador Loyola le había dejado instrucciones para un completo reconocimiento marítimo del Reino de Chile, por lo que sus servicios se vieron incrementados con nuevas empresas, continuando sus viajes de resguardo y vigilancia por aquellas costas infestadas de corsarios holandeses. El virrey Velasco había tenido una información de una incursión pirática a través de varios flamencos que fueron hechos prisioneros en Chile, además de las noticias reservadas recibidas de la península, pues los servicios de información y evaluación de la inteligencia española funcionaban de manera rápida y acertada. Una vez informado el virrey, convocó una junta de guerra «con todas las personas más prácticas i experiencia de las cosas del mar i de la guerra», en la cual fue acordado enviar a don Gabriel de Castilla dos galeones, el *San Jerónimo* y *Nuestra Señora del Carmen*, y el patache *Buen Jesús*, por lo que a principios de 1600 zarpó don Gabriel a la búsqueda de los enemigos holandeses que merodeaban en los mares del sur de Chile. Se trataba de dos expediciones diferentes: la del almirante Oliver Van Hort y la de los almirantes Mahu y Cordes. El primero de ellos se apoderó del patache *Buen Jesús*, y causó estragos en Talcahuano, pero la escuadra española se encontraba en Valparaíso. Allí se presentó también «el Tabernero», apodo dado a Van Hort, cuya crueldad no conocía límites, quien hizo quemar el galeón *San Jerónimo*,



pasando a cuchillo a los pocos españoles que se encontraban a bordo. Poca ganancia obtuvo el corsario en la acción, pues los españoles habían hundido en la rada un tesoro mayor que el que habían hundido los del patache antes de ser apresado.

Debido a la desaparición en el mar de don Juan de Velasco de Barrios, sobrino del virrey, recayó sobre Gabriel de Castilla la máxima autoridad y responsabilidad de la Armada del Sur, junto a la misión principal de vigilar las costas de Chile entre los meses de noviembre y marzo, época más propicia a los ataques enemigos. En esta serie de comisiones de vigilancia la que tuvo más trascendencia fue la de la expedición que zarpó desde Valparaíso en marzo de 1603 rumbo al sur, compuesta de las siguientes unidades: el *Jesús María*, galeón de 600 toneladas, artillado con 30 cañones y cuyo comandante era el propio don Gabriel. *Nuestra Señora de la Visitación*, buque que había sido del corsario inglés Hawkins, y *Nuestra Señora de las Mercedes*, nave de 400 toneladas.



La base española «Gabriel de Castilla» en la Antártida.

En dicho viaje de exploración y vigilancia, Castilla fue arrastrado por temporales muy al sur de cabo de Hornos, en aguas antárticas, dos veces de los 56° a 64° Sur, rodeado de hielos y nieblas, nubes bajas y malos tiempos, en plena antártica elusiva y fantasmal. La declaración de un marinero holandés, en documento fechado alrededor de 1607, hace constar «haber navegado bajo el almirante don Gabriel de Castilla con tres barcos a lo largo de la costa de Chile hacia Valparaíso i desde allí hacia el estrecho en 1603; i estuvo en marzo en los 64°, i allí tuvieron mucha nieve». La latitud no fue sobrepasada

sino en 1773 por el famoso navegante británico, capitán James Cook, quien descendió hasta los 71° 10' de latitud sur.

Por tanto, mientras que no sean obtenidas mayores informaciones, la incursión de don Gabriel de Castilla tiene la importancia de máximo acercamiento al continente helado, y solamente una investigación archivística exhaustiva, podría dilucidar la pregunta de si fue o no el primer descubridor de la Antártida. No obstante, es innegable su avanzada austral hasta el umbral del Círculo Polar Antártico al mando de su flota de reconocimiento y vigilancia.

Durante mucho tiempo no se le dio importancia a la figura del almirante don Gabriel de Castilla, pero empezó a cobrarla cuando se comprobó que había alcanzado una latitud tan avanzada durante el siglo XVII, y aunque la incógnita sigue abierta, los españoles —como sugiere el historiador antártico chileno Oscar Pinochet de la Barra— «deberían poner un poco de más entusiasmo en la investigación de sus archivos, y a lo mejor tendrían un nuevo Colón».

El continente polar marcha rápido a un destino que ya se vislumbra: última reserva de una humanidad sedienta en su cuerpo y en su espíritu tiene el 70 por 100 de agua dulce del planeta. Es un agua dura, brillante, traslúcida; un agua viva que beberá con ansia el hombre del futuro. En sus pequeñas playas estivales retozan desde hace milenios pingüinos y focas, y lobos marinos de fina piel, en medio de un concierto de gruñidos que sólo apagan el graznido de las aves. Y este continente de un futuro que ya es presente, fue avistado por primera vez por ojos españoles, aunque no alcanzaran a medirlo en toda su dimensión y trascendencia.

Marién GÓMEZ
C. E. H. M.

